

El columnismo de Francisco Umbral y el articulismo literario contemporáneo

Eduardo Martínez Rico¹

Recibido: 22 de noviembre 2017 / Aceptado: 4 de febrero 2019

Resumen. El presente artículo trata sobre el columnismo de Francisco Umbral partiendo de su biografía relacionada con el género de la columna literaria, antes conocido en España como “artículo literario”. Se estudian algunos aspectos de este género, por ejemplo su vinculación con la poesía. El estudio tiene como eje el columnismo de Francisco Umbral, pero también realiza alguna incursión en el articulismo literario de otros escritores contemporáneos, como Raúl del Pozo, Antonio Lucas o Luis Alberto de Cuenca. También estudia el género del artículo literario, brevemente, ofreciendo ideas de maestros como el propio Francisco Umbral o César González-Ruano.

Palabras clave: Francisco Umbral, periodismo literario, columnismo, articulismo, artículo literario, columna.

[en] Francisco Umbral’s columnism and contemporary literary article

Abstract. This article deals with Francisco Umbral’s columnism from the perspective of the connection between his life and the genre of literary column, previously known in Spain as ‘literary article’. Some aspects of the genre are studied, for instance its relationship with poetry. The study makes also an incursion in the literary articles of other contemporary writers, such as Raúl del Pozo, Antonio Lucas and Luis Alberto de Cuenca. In addition, it briefly analyses the genre through the ideas of renowned masters like Umbral itself and César González-Ruano.

Keywords: Francisco Umbral, literary journalism, columnism, literary article, column.

Sumario: 1. Una vida/obra; 2. Los primeros recortes; 3. Un género diferente; 4. Una forma de vivir; 5. La columna y el libro; 6. Conclusiones.

Cómo citar: Martínez Rico, E. (2020). El columnismo de Francisco Umbral y el articulismo literario contemporáneo, en *Dicenda. Estudios de Lengua y Literatura Españolas*, 38, pp. 51-61

Para el profesor Manuel Fernández Sande

¿Dónde está el origen del talento y la materialización de ese talento en Francisco Umbral? Aunque él dio otras explicaciones, y yo le encuentro también otras, Umbral dio una en concreto muy satisfactoria, muy atinada, por la objetividad que desprende. Todos sabemos que una realidad puede tener distintos orígenes y explicaciones. Aquí tenemos una que dio Umbral (1986: 111-112) en uno de sus libros de memorias, *Retrato de un joven malvado*, obra muy recomendable, sobre el porqué de su dedicación al artículo:

En los periódicos se publicaban por entonces muchos artículos. El periodismo español siempre había estado lleno de literatura. La indigencia del país había hecho que grandes escritores tuvieran que recurrir al periódico para vivir. Así, nos pudimos permitir el lujo de que Larra o Bécquer hicieran de gacetilleros ilustres. Un lujo irónico, paradójico, puesto que nacía de una escasez.

Así han seguido las cosas desde siempre, pero en los años cuarenta, cincuenta y sesenta este fenómeno se agudizó, porque los periódicos no podían dar informaciones extensas y profundas sobre casi nada, no tenían gran cosa que decir, y entonces llenaban grandes vacíos con literatura.

(...) Nosotros, los chicos, como teníamos poco dinero para libros, leíamos muchos periódicos, muchos artículos de periódico, y así, por razones económicas —como pasa siempre con todo—, nos hicimos articulistas.

¹ Universidad Complutense de Madrid
m.rico.003@cofm.es

Juan Cantavella (2003: 206) da una idea con estas líneas de la importancia de la aportación articulista de Francisco Umbral a la Historia del Periodismo y a la Historia de la Literatura:

Con todo, su aportación más sobresaliente ha sido a la columna, un género periodístico antiguo, que andaba vegetando, hasta que lo tomaron por su cuenta una serie de periodistas de reconocida capacidad y lo transformaron en lo que hoy representa: una lanza de la literatura en la prensa; una manifestación de la capacidad de algunos para golpear con destreza y contundencia en el yunque, sobre todo, de la opinión; una presencia diaria o semanal que los lectores esperan encontrar en el nicho que le tienen asignado; una visión propia que sabe ofrecer un ángulo imprevisto a la hora de abordar el tema del día... y todo eso en un folio, dos o tres que pueden complacer o irritar, pero que resulta inadmisibles que provoquen aburrimiento.

1. Una vida/obra

Para entender el tema de este artículo hay que remontarse a la biografía de Francisco Umbral. Su biografía, y su biografía lectora, explican muy bien el tema que tenemos entre manos. Umbral se forma como lector, como lector de calidad, gracias a su madre. Su madre era secretaria del Ayuntamiento de Valladolid, y solía dejarle en la biblioteca municipal, donde tenía a su disposición todos los libros imaginables, todos los libros imaginables para un niño de su edad. Allí Umbral llenó, o empezó a llenar, su curiosidad pidiendo todos los libros que se le fueron ocurriendo, algunos tan peregrinos como una historia sobre el café. Así se va formando un escritor, leyendo vorazmente y leyendo de todo. Leyendo y escribiendo, sin tregua.

—*El otro día me contaste que tu madre te llevaba mucho al Ayuntamiento, y allí escribías. También frecuentabas la biblioteca municipal.*

—Sí, también me metió. Ella era funcionaria con cierto poder porque era la secretaria particular del alcalde, y un día me metió: “Este niño es mi hijo; le hacen un carné de lector, se lo hacen gratis, y siempre que venga le dan libros”. Yo iba mucho con mi carné, luego ya me conocían, no necesitaba sacar mi carné, o no lo llevaba. Rellenaba una ficha y me daban el libro. Empecé con libros de ciencias, por ejemplo me cogí una historia del café, estuve varios días con ella porque no me atrevía a devolverla. (Martínez Rico, 2001: 44)

Se dice mucho que Umbral fue autodidacta, y en verdad lo fue. Dejó el colegio muy pronto y no llegó a hacer el bachillerato. ¿Por qué? Hay varias hipótesis. Se ha dicho que por su carácter “levantisco”; se ha dicho también que por ser hijo de soltera y no querer la familia rellenar papeles —algo que se repetiría más veces, más adelante, en su vida, según Anna Caballé—; su viuda, España Suárez, en conversaciones conmigo, me ha dicho que Umbral era incapaz de examinarse y que por eso abandonó la escuela. Es más, llegó a “cursar” las asignaturas, las que le interesaban, las de Humanidades con los libros de texto de ella. Umbral, según me ha contado su viuda, se sabía las asignaturas mejor que ella, porque él leía “para aprender”, no para examinarse. Y así fue siempre; Umbral leyó para aprender, y más que eso, por placer, porque experimentaba un gran placer leyendo y lo consideraba parte de su trabajo. Leer para escribir. Leer, escribir, hablar sobre literatura, esta tríada de actividades le apasionaban, todo girando alrededor del pivote de la literatura, como al final toda su vida. Todo literatura.

Y luego ya empecé en seguida con las lecturas literarias. Lo descubrí, porque no sabía nada de aquello, tenía que mirar los ficheros despacio, siempre había alguien esperando. Pero en cuanto podía lo iba viendo; joder, encontré a García Lorca, el *Romancero*, en la *Revista de Occidente*, encontré la primera entrega del *Cántico* de Jorge Guillén, también en la *Revista de Occidente*; además éstos estaban un poco relegados porque eran rojos, el 27, estaban todos en el exilio, América, pero estaban allí en la biblioteca. Entonces empecé a pedir literatura, sobre todo poesía, que era casi siempre el 27. (Martínez Rico, 2001: 44)

Umbral fue un lector muy completo y muy ecléctico. Con el tiempo, por supuesto, fue refinando sus gustos y sus lecturas. Umbral leía novelas del oeste, cómics, todo lo que solía leer un niño de su edad, con el plus del consejo de su madre. Le gustaba mucho, por ejemplo, Harry Stephen Keller y los cómics de *La Sombra*. Siempre ha repetido el escritor que su madre le inició en Valle-Inclán, *Las guerras carlistas*, una trilogía que desde entonces fascinó a Umbral, de niño y de mayor, como consta en el segundo libro que le dedicó al escritor gallego, *Valle-Inclán. Los botines blancos de piqué*.

Su madre debió de ser dura con él, porque le hizo pasar a taquigrafía *La divina comedia*, nada menos. Pero también debía de estar orgullosa de él por su cultura, por sus lecturas, etc.; sin embargo, nunca vio con buenos ojos que quisiera ser escritor, porque sabía perfectamente que los escritores eran unos “muertos de hambre”, con estas palabras. En buena parte es verdad, porque la literatura apenas da dinero, y si lo da, en cantidades considerables, se lo da a muy pocos, una especie de elegidos. O de “trabajados”, porque la experiencia enseña que los escritores unánimemente reconocidos son grandes trabajadores de la pluma. Voy a dar unos cuantos nombres porque los conozco personalmente, no sólo como lector: Umbral, Vázquez-Figueroa, Raúl del Pozo, Luis Alberto de Cuenca, José Luis

Olaizola o Fernando Sánchez Dragó. Todos son grandes trabajadores. El destino de un escritor, el destino económico, es incierto, efectivamente, y eso lo sabía muy bien la madre de Umbral.

Alrededor de la madre de Umbral gira buena parte de su ser de escritor. Fundamental para entenderlo. Umbral decía que cuando murió su madre, algo que sintió profundamente, por supuesto, él se sintió de alguna manera liberado y pudo dedicarse con más fuerza a la literatura. Es decir, al escritor que era Umbral, aunque sea duro decirlo, le vino bien la muerte de su madre, y decimos esto porque él lo decía. Literariamente, porque aquello fue muy duro para él, como ha contado en algunos libros. Por otra parte, y como pequeña acotación, podemos decir que Umbral gana un gran personaje literario, uno de los mejores y más potentes suyos, quizá el que más, junto con el niño de *Mortal y rosa*.

Su madre quería para él, “como todas las madres”, algo seguro, y él sólo quería ser escritor, concretamente poeta, en aquella época.

Umbral tiene varias etapas de lectura. Podríamos decir que en una etapa lee cómics y novelas del Oeste. También novelas policíacas, como el citado Keeler. En una segunda etapa se va adentrando en “los libros de Mamá”, como él los llamaba, entre los cuales tienen un lugar señero los de Valle. Y pronto se aficionó a la lectura de los periódicos, especialmente los articulistas de periódicos como el *Abc* y *Madrid*. Son en general los llamados prosistas de la Falange, entre ellos dos de sus grandes maestros, siempre admirados por él, César González-Ruano y Eugenio D’Ors, maestros del artículo, uno más en la clave lírica, que él profesará tanto, y el otro más en clave de erudición. Esto es importante para entender al Umbral columnista.

¿Por qué Umbral era tan bueno como columnista, tan reconocido en España, unánimemente, por el público y por sus colegas? Es llamativo cómo en el excelente libro de Amilibia (2005) sobre los columnistas españoles, casi todos lo señalan como el primer maestro. Son esenciales sus muchas lecturas de periódico, especialmente de esos articulistas: Ruano, D’Ors, Foxá, Montes, etc. Umbral se forma como columnista antes de escribir columnas. Se sabe la lección mucho antes de tener que recitarla. Sin duda tiene una inclinación natural muy positiva hacia la literatura —aunque le hubiera gustado ser pintor antes que escritor, e incluso llegó a ir a una academia de dibujo—, y además se puede decir que tiene la formación hecha, como lector y como escritor. Por eso llama tanto la atención de las publicaciones en las que empieza a darse a conocer. Escribía, por ejemplo, al principio, en publicaciones del SEU, sindicato de estudiantes. Uno de sus primeros artículos publicados, el mejor de los primeros, se titula *La mañana*, bajo el lema de unas palabras de Jorge Guillén: “Todo lo inventa el rayo de la aurora”.

En una ocasión me dijo, para un reportaje en *Expansión* sobre el columnismo, que él empezó a escribir perfecto, que se sentaba, le daban el tema y dictaba el artículo sin ningún problema ni dificultad, improvisando.

En lo que sé sobre Francisco Umbral se une lo que he leído y estudiado y lo que he vivido con él. Sin duda en algunas consideraciones no soy objetivo; pero sin duda también lo que yo he vivido y aprendido a su lado puede enriquecer lo que sé de él y lo que cuento sobre él.

Umbral era un personaje muy contradictorio, como suelen serlo los escritores, cada uno a su manera. Sánchez Dragó dice que los escritores tienen en común que son todos, de niños, niños raros. Él los conoce muy bien, con todos los programas literarios, de televisión, que ha hecho, todas las entrevistas que ha realizado a escritores.

Para entender el columnismo de Umbral hay que entender su personalidad. Era muy inteligente y muy culto, y conocía “el secreto” del artículo, perfectamente. El secreto descansa simplemente en una vida dedicada a la literatura, llena de lecturas y escrituras. Y también, por supuesto, en una vida dedicada, en buena parte, al periodismo, a la literatura y al columnismo en concreto.

El secreto, según él decía, consistía en escribir todos los días. Y en leer todos los días, libros —“alimentar el columnista”—, y periódicos, cultivando la carrera de fondo y el *sprint*, al mismo tiempo, el libro y el artículo, pues se puede decir que el artículo literario son los cien metros lisos de la literatura. Sólo así se construye un gran escritor, probablemente. Él valoraba la insistencia, tal vez, por encima de todo; llegaba a decir que incluso el genio era cuestión de insistencia.

2. Los primeros recortes

Es muy curioso leer las primeras publicaciones en prensa de Umbral, esos recortes que él guardaba con tanto cariño y que atesoran, en estos momentos, su viuda María España Suárez y la Fundación Francisco Umbral. Ahí vemos los primeros pasos de Umbral como periodista y escritor público. Estoy pensando, por ejemplo, en la etapa en la que el matrimonio vive en León. Umbral trabaja en *La Voz de León*, donde consigue un trabajo que le viene muy bien, porque es muy adecuado a sus características: entre otras ocupaciones, Umbral escribe cuatro secciones radiofónicas, esa mezcla de periodismo y literatura que le conocemos tan bien, pero esta vez enfocado todo para la radio: *Buenas noches*, *El piano del pobre*, *El tiempo y su estribillo* y *Buenos días*. Es decir, Umbral con veintiséis años ya está haciendo más o menos lo que hará toda su vida: periodismo con toque, gran toque literario. Algo muy parecido a lo que será su columna, la columna de Umbral. El presente fragmento lo cita Juan Gracia Armendáriz en su ensayo sobre el articulismo de Umbral publicado en *Valoración de Francisco Umbral*, editado por Carlos X. Ardavín. Está inspirado, como el mismo Gracia Armendáriz dice, en la película *Al Este del Edén*, protagonizada por James Dean y estrenada en León por esas fechas:

Buenas noches, Caín, sombra de huida y fratricidio, buenas noches... Varias veces se ha tocado en la literatura el tema bíblico y universal de Caín y Abel, intentando siempre una visión nueva del gran mito, favorable en

cierto modo, al hermano fratricida, y ahora el cine nos ofrece una profunda justificación de Caín. Ya hace tiempo que se ha acertado a interpretar este doble símbolo bíblico desvelando la grande y pecadora humanidad de Caín. No es nuevo, por lo tanto, lo que el cine ha querido darnos en el tema, pero sí algo convincente y turbador. (Gracia Armendáriz, 2003: 204-205)

De hecho, su primera columna diaria, en prensa, aunque muy diferente a la que luego hará, ésta muy informativa, muy pegada a los hechos de la ciudad, muy periodística, nace aquí, en *El Diario de León*, y con un título que se asemeja mucho a lo que luego será *Los placeres y los días*, en *El Mundo*. Aquella primera sección columnista, cuando las columnas aún no se llamaban columnas y eran artículos, se llamaba *La ciudad y los días*.

Le ocupará un corto espacio de tiempo, porque abandonará la ciudad debido a un doble motivo: una polémica surgida de una película, *Orfeo*, y sus deseos de intentar la aventura de Madrid.

Umbral, en esa etapa, la de León, fundamental en su vida y muy poco conocida, alterna el trabajo en la radio con unas conferencias, las del Círculo Medina, que él coordina. Lleva a gente muy importante a esas conferencias, entre ellas a su querido y admirado César González-Ruano. Además, participa en lecturas poéticas. Esto es importante: en esta etapa, cuando tiene veintitantos años, Umbral es más bien conocido como poeta, poeta y periodista radiofónico. En los periódicos aparece citado como poeta, lo que él siempre quiso ser. De hecho, Umbral escribió poesía a lo largo de toda su vida, aunque pocas veces quiso publicarla, pensando que la podían criticar mucho y que le podía perjudicar. Es famosa la frase de Cela: “En España no se admite que uno haga más de una cosa.” Lo cierto es que Umbral, y él lo sabía, y así está reconocido, era mucho mejor prosista que poeta, aunque podemos leer poemas de aquella época que son muy dignos de consideración. Lo que no sabemos es cómo hubiera sido su camino de haber continuado cultivando, más “en serio”, la poesía.

Umbral decía que si publicaba un libro de poemas lo compararían con el resto de su obra y el público, incluyendo los críticos, lo rechazaría.

En este tema de la poesía mantuvo una línea ambigua toda su vida. Tan pronto decía, o escribía, que sus poemas eran muy malos, y que sólo escribía poemas cuando se enamoraba, como daba otras explicaciones. Pero sí que reconocía, por supuesto, la importancia de la poesía en su prosa:

—Claro, lo mío es un cruce de poesía y prosa. Siempre me dicen, Pepe Hierro por ejemplo me lo ha dicho siempre: “Tú no has sido un poeta, un magnífico poeta, porque no te ha dado la gana, porque eres un gilipollas”, con la manera que tiene de decir las cosas Pepe Hierro. “Eres un gilipollas, tú lo que eres es un poeta, pero no te ha dado la gana”. (Martínez Rico: 2001, 54)

Umbral abandona esa línea. O mejor dicho, y salvo excepciones, la abandona de forma “exterior” o profesional. Sin embargo, es fundamental para entender su prosa, su columnismo y toda su obra. Umbral leyó, vorazmente, constantemente, poesía, pues era lo que más le gustaba. Lo que más le gustaba era la poesía y el ensayo. Y la alta calidad de estilo con que dotaba su prosa, y su columnismo, se explican por el gran lector de poesía que fue. Umbral era un experto en poesía. Fue un gran crítico, en varias publicaciones, como *Poesía Española*, dirigida por el poeta José García Nieto. Hubo un año que le eligieron mejor crítico de poesía.

Su caso no sería aislado, en cuanto gran articulista-poeta. Hay grandes articulistas que han sido o son poetas, poetas reconocidos, y estoy pensando en el mismo Ruano, en Umbral, aunque dejara de publicar poesía —que siguió escribiendo, como *hobby*—, en Vázquez-Montalbán y más actualmente, Antonio Lucas. Voy a aprovechar para citar un fragmento de una columna reciente de Antonio Lucas (2013: 20), joven poeta y periodista, en sentido amplio, pero también columnista:

Paso mucho tiempo solo. Es una elección que le viene bien a mi ánimo festivo. Mis amigos lo comprenden. Voy de los libros a la vida y de mi corazón a mis asuntos. Pero a veces es necesario detenerse levemente y echar la vista muy atrás, más o menos hasta donde suena la infancia. El prestigio de la infancia, cuando todo era promesa y casi hermoso el mundo por sus cumbres. Cuando uno gana edad se reconoce más plenamente en el niño, porque es ese poder temporal del hombre que dura siempre. Lo vino a decir Rilke: “La verdadera patria es la infancia”. Y regresar es poner la memoria a funcionar con más nostalgia de futuro que ansia de pasado.

Sin duda algo o mucho del poeta se ve en este fragmento, y a Umbral le ocurría lo mismo, con frecuencia, casi siempre. La concentración de lenguaje se daba siempre en su prosa. Y los “hallazgos”, como él decía, que era lo que realmente le interesaba en lo que leía, hallazgos verbales fundamentalmente, y que luego mostraba él en sus escritos.

La poesía ofrece un gran cuidado y concentración de lenguaje, un ejercicio inmejorable para el desarrollo lingüístico y de estilo. Umbral, por si fuera poco, decía que actualidad y lirismo se potenciaban mutuamente. Frase rubricada, verificada, por su práctica durante tanto tiempo.

Muy llamativo a este respecto es que la mayor parte de los poemas publicados póstumamente por García-Posada (Umbral, 2009) sean poemas sobre la actualidad, sobre personajes de actualidad mayoritariamente.

Lo curioso es que siendo la poesía lo que más le importaba, desde el principio hasta el final, fuera su prosa la que tuviera muchas mayores cualidades poéticas, mucho más que su poesía. Caballero Bonald, en un prólogo muy interesante a *Mortal y rosa*, dijo que había mucha más poesía en toda la prosa del libro que en los versos.

En dicho prólogo Caballero Bonald (1998: 11-12) analiza esa cualidad de prosa poética que tenía con tanta frecuencia la prosa de Umbral, no sólo la narrativa o la de los libros, sino la de las columnas, que es el tema que nos ocupa principalmente, aunque todo está subordinado y coordinado, todo es un conjunto, un todo, en la prosa y obra de Umbral:

Umbral emplea consecuentemente la prosa narrativa con una clara intencionalidad poética. La similitud, por tanto, con el poema en prosa (puestos a aceptar esa terminología) es de una meridiana evidencia. Pero hay algo que no se ajusta aquí sin algún esfuerzo a semejante atribución. Me refiero sobre todo a ese formalismo lírico que suele atribuirse a la poesía abastecida de excesos sentimentales. *Mortal y rosa* amplía con mucho ese concreto ámbito operativo. Quiero decir que dispone de una poética cuyo lirismo sólo lo es en cuanto tiende a la exaltación de sentimientos subjetivos, pero que se desglosa constantemente hacia otras encrucijadas emocionantes del pensamiento: la filosofía existencial, la crítica de la vida, el sarcasmo dialéctico. Todo ello suministra al texto, antes que ninguna concordancia lírica, unos ciertos vínculos con el irracionalismo, más que nada por su tendencia a distorsionar el orden lógico de las ideas dentro de la propia mecánica creadora.

Pero, como hemos avanzado, Caballero Bonald (1998: 12) ve más poesía en la prosa que en la poesía, “un dato menos irrelevante de lo que parece”, un dato muy importante:

Por cierto, en las tres únicas que aparece aquí un texto compuesto en verso se perfilan con toda probabilidad los momentos más convencionalmente “poéticos” de acuerdo con la poética general del libro. Un dato menos irrelevante de lo que parece.

Pero además esto se puede hacer extensivo a toda su obra, y a toda su poesía, generalizando. No son los poemas lo mejor de la obra de Umbral, pero sin embargo es esencial el componente poético. Con todo, pienso que, si Umbral sólo hubiera publicado poesía, por ejemplo, los poemas incluidos en esa edición de Seix Barral, sería considerado como un buen poeta, y un poeta original, porque generalmente toma la materia de la prensa, algo que no se suele hacer.

Umbral vivía en literatura, vivía en escritor y eso supone que todo lo que fluía de su vida quedaba convertido en literatura. Es tópico hablar de los vasos comunicantes en la vida y la obra de un escritor, pero es claro que esto es así, muy destacadamente, con la diferencia, tal vez, de que en el caso de Umbral la balanza de esos vasos quedaba claramente inclinada hacia la literatura. Una vida de escritor da una obra de escritor, pero podemos decir que lo más puro de éste queda en la obra, sobre todo si ésta está cuidada. Sorprende, dentro de una obra con tantos títulos, la muy buena calidad media de esta obra, tanto en los libros publicados —donde sin duda hay algunos, o muchos, teniendo en cuenta el volumen de esta obra literaria, que no son muy buenos, pero tiene muchos muy buenos—, y como articulista era muy regular. Me acuerdo de que cuando hacía mis cursos de doctorado en la Universidad Complutense, y ya estaba trabajando en su obra para la tesis —una tesis sobre su obra narrativa—, el profesor Víctor Infantes me decía que él no recordaba haber leído una sola columna mala de Umbral. La pericia, la práctica, el magisterio de Umbral como columnista no lo niega nadie, nadie puede negarlo, al margen de discrepancias con la persona Umbral, o con su ideología, mucho menos marcada que su personalidad.

Es interesante dar algunas pinceladas sobre esa forma de ser, porque es de capital importancia para entender su columnismo, toda su obra. Pero en esta ocasión nos centramos en su articulismo. Umbral, ya desde León, desde sus colaboraciones radiofónicas, por poner un punto de referencia temprano en su obra, muestra pronto lo que es, lo que será más adelante: ejerce un periodismo de estilo, de palabra cuidada, con amplias referencias a la poesía, que le apasiona entonces y le apasionará siempre; un periodismo de denuncia, hasta el punto de jugarse su puesto de trabajo —de hecho tuvo que abandonar León por una polémica en el cine club en el que colaboraba, el cine club del Círculo Medina—. Ejerce un articulismo de corte literario, pero muy informativo, un periodismo valiente, quizá demasiado, y rompedor. Tenía que demostrar muchas cosas y lo hizo, aunque le salió caro, porque tuvo que abandonar León. A la larga, sin duda, le salió bien, porque gracias a eso “conquistó” Madrid.

Umbral (2001: 13) hablaba de “periodismo de arte” para referirse a su columnismo, y yo diría que a su periodismo en general:

Periodismo de arte es una cosa que se pone al servicio de la actualidad, o la crea, con todos los atributos de la información, pero con una prosa subjetiva, lo que implica también un pensamiento subjetivo (libre), que viene a donar al corazón de estraza del periódico los mejores hallazgos literarios de esta hora (cuando los jóvenes y viejos novelistas se limitan a redactar o a imitar las pautas estilísticas de sospechosas traducciones que adolecen de uruguayas). Esto le está dando al periodismo de la democracia una calidad de vida que otros países no tienen, ni España, en otras épocas, tampoco.

3. Un género diferente

El artículo no es un género más, por muchos motivos. No lo es, en sentido positivo, porque goza de una popularidad, de un alcance, de los que no gozan otros géneros, los géneros breves desde luego, teniendo en cuenta también que el artículo es “rey por un día”. El artículo, publicado en el periódico que sea, cada uno en su categoría, aunque esto es más destacado en la prensa nacional —a Umbral, en *El Mundo*, le leía mucha gente, una cantidad difícil de cuantificar—, tiene un recorrido, inmediato, instantáneo, eso sí, pero muy grande. Pongamos que *El Mundo* vendiera más de trescientos mil ejemplares impresos diarios. Eso es mucho, y muchos de esos lectores, o más, difíciles de cuantificar, leían la columna de Umbral. Él me dijo una vez que quizá “un millón”. Es más, muchos de esos lectores, como sabemos, le daban la vuelta al periódico nada más comprarlo, para leer a Umbral. Yo entre ellos. Ahora lo hago con Raúl del Pozo.

Pero tampoco es un género cualquiera en sentido negativo, porque muchos han negado, incluso, su categoría literaria. Todo esto lo explica muy bien José Luis Martín Nogaes (2004: 18) en el prólogo a *Patente de corso (Artículos 1993-1998)*, una de las selecciones que este crítico ha hecho de los artículos de Arturo Pérez-Reverte en *El Semanal*, la primera:

Pero el artículo literario arrastra en la Teoría y en la Historia de la Literatura una maldición que pesa también sobre otros géneros. Con frecuencia el artículo es calificado como un género “menor”; y a veces ni siquiera existe para algunos historiadores. Francisco Umbral tiene que reafirmar; por eso, en el prólogo de uno de sus libros que “el artículo de periódico es en sí un género literario cuando está hecho con “calidad de página”, según la fórmula de Marías/Ortega”. Género mixto, limítrofe entre el periodismo y la literatura, entre la crónica objetiva y la recreación personal, la realidad es que la crítica literaria lo infravalora con frecuencia, cuando no lo ignora absolutamente. Sólo un escritor ha conseguido ser respetado en la historia de la literatura gracias a sus artículos: Mariano José de Larra, que supo transmitir en ellos toda la pasión, el drama y la desesperanza del Romanticismo.

Umbral percibe, muy joven, que tiene en el artículo una forma de ganarse la vida, algo extremadamente importante en el caso de un escritor. La literatura, salvo casos contados, apenas da dinero, pero el periodismo sí lo da, o lo daba. Vivimos muy malos momentos para la profesión periodística. Lo cierto es que Umbral empezó, casi al alimón, escribiendo poesía y haciendo periodismo. Era mucho más periodista de lo que puede parecer hoy, dado su perfil de escritor, tan acusado, y vivió del periodismo toda su vida. Sus libros, en general, no daban tanto dinero como para vivir, algo muy normal en la literatura. Una vez me dijo que Pedro J. Ramírez le pagaba “altamente”, y en otra ocasión me dijo cuánto ganaba por artículo, una cantidad desorbitada.

La columna de la última página, desde entonces, se convirtió en la columna de Umbral, y es realmente meritorio el esfuerzo de Raúl del Pozo en esa última página. Del Pozo, en mi opinión, se ha consolidado en ese puesto, privilegiado en la prensa española, un puesto que Umbral hizo mítico y que no tiene equivalente. Se ha consolidado ahí, además, en su etapa más reciente, en lo que yo juzgo una época columnista muy buena, haciendo un tipo de columna que no hacía Umbral, la columna literaria de investigación, quizá un invento de Del Pozo, muy ligada a los orígenes reporteriles del escritor y periodista.

Voy a citar una columna de Raúl del Pozo, fechada el 2 de mayo de 2008, titulada “WWW”. Es una columna clásica, en cuanto a la claridad de estilo, de contenido y de líneas. Seguramente no es la más representativa de Raúl del Pozo, aunque sí de la gran calidad de su escritura; es probable que las columnas que está escribiendo mientras yo preparo este artículo, sean más representativas, columnas donde se alía la investigación con el estilo, o el “romper el estilo”, como dice el escritor y periodista. Pero estas líneas (Del Pozo, 2008, 56), tal vez por su falta de pretensiones, o aparente falta de pretensiones, encierran y despliegan una gran calidad de escritura.

Trabajo con el ordenador en casa, entre los libros, el sabor del agua y el canto de los pájaros; estos días no puedo entrar en mi correo porque Tiscali lo ha anegado. Doy mi nombre, mi clave, los datos con los que antes entraba y Tiscali me invita a abrir una nueva cuenta. ¿Pero dónde han metido los cientos de correos que habrán llegado en estas semanas? Llamo a un teléfono que indican y me toman el pelo, me marean de guarismo a estrellita. Hace unas semanas, me cayeron unas gotas de agua mineral de una botella en un espléndido Sony y se jodió. Me contaron los de la multinacional que para arreglarlo tendría que pagar 700 euros, porque el sorbo de agua no entraba en la garantía. ¿Qué soy yo ante esas multinacionales que inventaron el transistor, el magnetofón, el televisor y los ordenadores? Una puta mierda. Protestar es como ponerse a mear junto a las cataratas del Niágara.

Doy este párrafo, el primero, y seguidamente, el último, como esos dos extremos de la morcilla de la que hablaba Ruano en su peculiar preceptiva, la misma morcilla que le gustaba a Umbral citar: “Un artículo es como una morcilla; debe estar bien atado al principio y al final. Dentro mete usted lo que quiera.” Raúl del Pozo parte de un hecho mínimo de la vida cotidiana para hacer literatura en el periódico. O, dicho de otro modo, como tanto practicó Umbral, partiendo de la anécdota llega a la categoría.

Pero yo, a pesar de ser de otra galaxia, de otra glaciación, de otro siglo, de que brillo como las estrellas después de desaparecido, a pesar de Tiscali y de Sony, quiero seguir enchufado a la Tierra, quiero seguir siendo una

neurona de ese cerebro global, de esa buhardilla planetaria, de ese sistema nervioso, esa memoria colectiva, inmensa y súbita que es la forma de respirar en este mundo. Al solo de mi violín le contesta siempre otro desde muy lejos, allá arriba; qué importan los rayos y las tempestades. (Del Pozo, 2008: 56)

Raúl del Pozo no suele permitirse estas columnas, tan personales. Tiene muy interiorizado, como lo tenía Umbral, la exigencia de la actualidad que rige el periodismo, el articulismo, su columnismo, aunque de vez en cuando Del Pozo demuestra que se puede escribir “en el aire” sin “percha” ninguna. Artículos que tal vez Ruano habría escrito hoy si ésta fuera su época y él estuviera vivo. Raúl del Pozo llegó a conocer a Ruano en Cuenca, siendo él muy joven; incluso comía con el maestro: “¿Quiere usted comer conmigo?”, le decía Ruano. “Me trataba de usted, aunque yo fuera un muchacho”, cuenta Del Pozo.

Cuando murió Umbral todos los articulistas de *El Mundo*, y algunos muy importantes de fuera de *El Mundo*, aspiraron a ocupar el sitio que había dejado Umbral, el más codiciado, en lo periodístico-literario, de la prensa española. Desde plumas jóvenes a plumas mayores, muy consagradas. Fue emocionante presenciar la “fase final”, los rumores de los favoritos, etc. Fue Pedro J. Ramírez el que decidió. Se habló de que varios columnistas compartieran la última página, o que se turnaran; también se habló de suprimir ese artículo, ese espacio. Ussía sonó muy fuerte para escribir en el recuadro que Umbral había hecho suyo. Para ello tenía que dejar *La Razón* e incorporarse a *El Mundo*. Al final nada de eso pasó. Pedro J. eligió al candidato más claro, al sucesor natural de Francisco Umbral en *El Mundo*, además muy amigo de Umbral. Se optó por una línea continuista. Es decir, Pedro J. Ramírez, como director del periódico, optó por esa línea continuista, aunque Raúl del Pozo no imite a Umbral, sino que sigue sus propias intuiciones periodísticas y literarias.

4. Una forma de vivir

El columnismo de Umbral tiene muchas vertientes; no en vano ocupó gran parte de su vida. Por las mañanas escribía la columna, y por las tardes escribía en el libro que estuviera escribiendo. Por las mañanas trabajaba en la lectura de los periódicos —los periódicos nacionales—, y en la idea, el tema, que él sacaba de la lectura de la prensa, para hacer el artículo del día.

Por las tardes se podía echar la siesta, trabajaba un poco en el libro que estaba escribiendo —también podía haberlo hecho por la mañana—, y luego, a menudo, bajaba a Madrid. Esto en la época en la que le conocí, alrededor del año 2000. Le gustaba ir al Palace, al Círculo de Bellas Artes... al Gijón ya iba poco, aunque a veces iba.

Para entenderle es muy importante saber qué articulistas prefería. De los maestros del pasado sin duda el que más destaca es César González-Ruano, al que además quiso mucho —durante una época llevó una foto suya en la cartera—. También es muy importante D’Ors.

Los articulistas que más había leído yo en los periódicos españoles, desde los años cuarenta y cincuenta, eran Azorín, Eugenio d’Ors, Pérez de Ayala, Pemán, Ruano, Víctor de la Serna, Cossío, Foxá, Montes, Sánchez Mazas, los jóvenes estilistas de *Arriba*, desde García Serrano a Salvador Jiménez y Manuel Alcántara. No estaba de acuerdo con las ideas de casi ninguno. Pero leía muchos artículos porque lo que buscaba yo era una fórmula, el secreto del artículo. (Umbral, 1977: 243)

Ya hemos hablado de lo que era el secreto del artículo para Umbral, la propia práctica diaria de la escritura, pero para eso tuvo que realizar un largo camino, el que lleva de esas lecturas adolescentes y juveniles a una madurez literaria total y absoluta.

Ruano era maestro en el estilo suelto, en el artículo fácil —fácil para él— sobre temas de la vida cotidiana, o de “la nada”. No se podía escribir sobre política en aquella época y él escribía sobre temas con apariencia intrascendente, pero que en sus manos podían convertirse en joyas literarias.

Umbral también hizo muchos de estos artículos, pero sobre todo hizo columnas políticas, que era por lo que le pagaban en el periódico: “Si yo hago un artículo lírico un día, no pasa nada; si lo hago dos días seguidos tampoco pasa nada. Pero ya en el tercero me llama Pedro J.”

Umbral me contó infinidad de anécdotas. Una de ellas es cómo les decía Cela a él y a Raúl del Pozo que no escribieran sobre política, que los políticos eran todos unos mediocres. Umbral contestaba a Cela diciendo que vivían de eso, que él no tenía el Nobel. Sobre el Nobel aseguraba, y aparece en *Umbral: vida, obra y pecados*, que no estaba en su “órbita”.

De D’Ors le debía de gustar sobre todo el afán de erudición, la inteligencia, su sensibilidad estética, más que la prosa, aunque Umbral admira mucho a los pensadores por su prosa, por su estilo. Su interés por ellos empieza por ahí y luego sigue por todo lo demás.

De los modernos le gustaban sobre todo Raúl del Pozo, con el que quedaba de vez en cuando, Carmen Rigalt, Manuel Vicent, que en algunos aspectos me recuerda a él, y que se podría decir que ocupa en *El País* un puesto similar al que ocupó Umbral en *El Mundo*. Vicent es un estilista y domina a la perfección el recuadro de la columna. Tiene el toque lírico, estilo afilado, “estilete”, como diría él, y toda su prosa articulista está impregnada de ese

estilo tan conseguido; además, sus columnas son interesantes no sólo por cómo lo dice, sino por lo que dice. Lleva muchos años en ello, aparte de haber demostrado en los últimos años su capacidad como novelista, por ejemplo, en *Son de mar*.

5. La columna y el libro

Es más fácil escribir una columna que escribir un libro, cualquier clase de libro, sobre todo una novela, aunque cada género tiene su dificultad, y cada libro tiene su dificultad. Pero escribir una gran columna está al alcance de pocos, y quizá para conseguirlo uno necesite un don o/y mucho trabajo, mucha práctica.

El mismo Umbral pensaba que para hacer buenos artículos había que tener “algo”, algo innato quiero decir, y que todo lo demás venía después. Es difícil distinguir hasta qué punto una habilidad especial puede ser un don o algo trabajado. Ya hemos dicho que Umbral leyó muchos, muchísimos artículos de la época, desde muy joven, y la mejor formación para un escritor, o para un articulista —el articulista literario sin duda es un escritor—, es la lectura. Umbral se formó muy bien en lo que quería, en el camino que quería llevar: como poeta al principio, también como articulista, y como escritor en general. Un escritor necesita una cultura amplia y sólida, y él se la trabajó desde niño.

Umbral comparaba mucho el periodismo, y el columnismo en particular, con la filosofía:

—¿Puedes entender la literatura como juego, y concretamente la columna que quizá por su brevedad es más manejable, más practicable y libre que otros géneros? La columna como juego.

—Es en primer lugar un juego con las palabras, lo cual ya es muy gratificante para un escritor que ame el idioma, y luego es un juego con las ideas, que viene desde Grecia, desde Voltaire y todo el XVIII, del pensamiento actualísimo, que es un pensamiento irónico en el mundo. Antes me decías que te gustaba Nietzsche. Nietzsche es un pensador maravilloso, pero su problema es que se lo toma todo en serio, dramatiza mucho. Hoy la filosofía, y por tanto el periodismo, es más reticente, más cínico, y cultiva la duda saludable en el lector.

—¿Por qué crees que el periodismo está tan relacionado con la filosofía?

—La filosofía es la madre. El filósofo es un gran escritor, y el periodista es un pequeño escritor. (Martínez Rico, 2003: 112-113)

Umbral decía, recogiendo la frase de Ruano, y esto ha hecho fortuna, que el artículo era el solo de violín del periodismo:

En los conciertos de pronto se calla la orquesta y un violinista, muy bueno, toca como solista. En el periódico, mientras los demás hablan de Irak, el escritor hace una labor de solista a partir de un tema. Compone un solo de violín, corto o largo. Acaba y se sienta, como en el concierto. (Martínez Rico, 2006: 14)

Para explicar el oficio de columnista él acudía a los consejos de César González-Ruano. Ya conocemos la comparación que hacía éste entre el artículo y la morcilla. Umbral admiraba mucho a Ruano. Personas de su círculo, lectores, le decían que él era mejor que Ruano, pero Umbral no estaba de acuerdo. Yo estoy con la opinión mayoritaria: Ruano es un articulista extraordinario, muy escritor, por cierto, en sus artículos, pero encuentro más completo y en general mejor, a Umbral. Aparte de que Umbral cuidaba más sus textos. Ruano tiene libros muy descuidados, como el que le dedicó a Unamuno, libros que Umbral no tiene, aunque por supuesto no toda la prosa umbraliana posee el mismo nivel.

De todos modos, hay que tener en cuenta la época en la que le tocó escribir a Ruano, sobre todo la de la dictadura de Franco. Apenas podía tocar la política. Sin embargo, y aquí entramos ya en mis gustos personales, seguramente presentes en todo este artículo, de una u otra manera, las columnas políticas de Umbral eran las que menos me gustaban. Me gustaban, sobre todo, las líricas y las literarias. Pero el articulismo político es fundamental para un escritor si éste quiere ser leído y pagado. Efectivamente, tenía razón Umbral cuando contestaba a Cela, su maestro, que ellos, Raúl del Pozo y él, no tenían el Nobel.

En una ocasión tuve un diálogo con Umbral —parte de él ya lo he citado— sobre la columna. Esa conversación constituyó una entrevista-análisis, por parte de Umbral a partir de mis preguntas, sobre la columna en general y una en particular, una columna sobre Rajoy, “Un dandy”, la que se había publicado ese mismo día:

Yo utilizo mucho los personajes, porque creo que lo que más le interesa al hombre es el hombre. En una columna tiene que haber personajes, como en una novela. Un artículo, abstracto, sobre economía o sobre la cosa agraria, o la cosa del campo, los animales... la gente no se lo lee. En el periodismo, como en el arte, como en la narración, interesa el hombre. Lo que más interesa al hombre es otro hombre, que puede ser una mujer, claro. Es lo que más distrae al hombre, y de donde más aprende. Por eso decía Baudelaire: “los árboles no me enseñan nada”. Aprendía de los hombres, no de los árboles. (Martínez Rico, 2013: 109)

De esa conversación y del trato, tan frecuente, con sus artículos, con los de otros articulistas y contando también con mi propia experiencia como columnista en *El Norte de Castilla*, me han quedado algunas ideas.

La columna es un texto breve periodístico, en general de opinión, pero con toques literarios, a veces muy importantes —que son las que aquí nos interesan—. La columna trata sobre un tema; si uno se desvía en muchos otros temas se estropea la columna. Eso no significa que no se pueda escribir sobre muchos otros temas, dentro de la columna, pero todos deben estar subordinados al tema principal, un tema principal con variaciones de ese mismo tema, o con ideas, sub-ideas que decía Ruano, que nacen a partir del tema principal.

La columna tiene un eje, y ese eje es el tema principal desarrollado. Al principio se plantea el tema, el eje sobre el que va a girar la columna. A menudo, Umbral lo hacía mucho, la columna responde a una estructura circular y se vuelve al principio con el final. Como un baile.

La columna recuerda mucho a la poesía, tal vez por su brevedad, síntesis, concentración, y deseable belleza verbal, siempre, o casi siempre, en este caso, al servicio de la actualidad. De hecho, hay muchos poetas que destacan como columnistas, como Manuel Alcántara, entre los decanos, o el decano, y Antonio Lucas, columnista de *El Mundo*, o Luis Alberto de Cuenca, que también ha escrito columnas, en el *Abc*. Aquí tenemos el principio de una de ellas, un artículo llamado “Melancolía”, seleccionado para una antología de artículos literarios por Francisco Gutiérrez Carbajo y José Luis Martín Nogales (2007: 125):

Ya no te sirve tu ciudad. La han convertido en un inmenso basurero donde los ciudadanos escarban buscando su ración de podredumbre, donde la fuerza bruta impera y todos desconfían de todos. ¿Qué pintas tú en esta ciudad sórdida y bronca donde nadie sonríe, plagada de automóviles, de calles levantadas, de caras antipáticas y hostiles, de jóvenes sin futuro y viejos aterrorizados? ¿Qué tienes que ver tú con una ciudad que va quitándose de encima los cafés y los cines para instalar, a cambio, en cada esquina un videoclub o una sucursal bancaria, con una ciudad que identifica el placer con el alcohol y con las drogas y que cree que sólo es posible divertirse de noche?

La columna de Luis Alberto de Cuenca es atemporal, en cierto sentido: no está anclada en la actualidad, aunque sí en lo temporal, más bien lo temporal interno del poeta, del ser humano que es Luis Alberto de Cuenca. Éste traduce el sentimiento que le produce un momento de su ciudad, también un momento personal, a palabras, con lo que éstas llevan, palabras y un artículo, muy bueno. Es un artículo de poeta, aunque es verdad que antes, seguramente, hay que saber que el autor es poeta. Pero es indudable que hay poetas grandes columnistas, y que la poesía colabora decisivamente al éxito del artículo. La concentración verbal y estilística es fundamental en la poesía, y también lo es en el artículo.

Umbral hablaba de un uso particularmente práctico que él daba a la lírica en sus columnas:

Pero a veces la lírica me es muy útil para decir y denunciar cosas que en prosa prosaica serían más difíciles de denunciar. La metáfora en la prosa periodística no es sólo una licencia poética sino que a veces se utiliza como un arma para agredir a un personaje y decir cosas de él que no podrían decirse en prosa llana. (Martínez Rico 2003, 112)

En el fondo, si nos remontamos a los elementos primigenios de los artículos de Umbral, concederemos que hay dos muy destacados, quizá los primeros, los esenciales: la literatura, y dentro de ello, de forma especial, la poesía, la lírica y lo lírico. Y la vida. Esto podemos hacerlo extensible a toda la obra de Umbral, pero en el periodismo esa vida sobre todo es actualidad, que es un tipo de vida determinado, la vida que, mayormente, como diría Umbral, recogen los periódicos y en general los medios de comunicación. Para Umbral decir a alguien que su escritura tenía vida era el mayor elogio, porque para él era principal que lo que uno escribía, y lo que leía el lector, estuviera vivo. Partiendo de esa premisa, seguramente ese don, uno podía llenar de contenido el artículo o el libro en particular.

Así, Umbral explicaba el título general de sus columnas en *El Mundo*, *Los placeres y los días*, de la siguiente manera:

Eso viene de Hesíodo, que tituló así un libro. Creo que fue Hesíodo. Y de Marcel Proust. En principio el título de Hesíodo es *Los trabajos y los días*. Marcel Proust publica unos artículos suyos, aparecidos en la prensa de París. *Los placeres y los días*, lo cual es una ironía sobre el clásico porque él sustituye los trabajos por los placeres. Lo que quiere decir, por otra parte, que al hecho de escribir no lo consideraba trabajo, pero en realidad trabajó muchísimo.

Y un poco más adelante:

Yo hago un periodismo, o columnismo, que tiene dos constantes, que son la política y la literatura. Esas dos constantes aparecen ya en este título: la vida mundana y el día tras día cada uno con su trabajo y con su afán. (Martínez Rico, 2003: 111)

Recordemos que la política, para Umbral, o mejor dicho, tras pasar por sus manos, se convierte en vida: “Doy la política como vida”, decía, y fue el titular del capítulo que le dedicamos en ese libro a la columna. Vida y literatura, pues al fin y al cabo no vivió de otra manera, alternándolas una y otra, fundiéndolas una y otra, en una sucesión fusionada, porque el escritor, o el escritor que desde luego era Umbral no sabía hacer otra cosa que vivir en literatura (Díez Fernández, 2012: 341-350).

6. Conclusiones

En este artículo hemos hecho un repaso de la trayectoria literaria de Francisco Umbral enfocada en su carrera como articulista o columnista, asumiendo claramente que el artículo es un género literario y que Umbral se convirtió en un maestro en dicho género, uno de los primeros de su época, tomando el relevo de grandes articulistas, que él tanto admiró y estudió, como Larra, César González-Ruano o Eugenio d'Ors.

Umbral tiene una gran formación lectora, leyendo libros y muchos periódicos, muchos artículos. Decía que se hizo articulista, como otros escritores de su generación, por razones económicas, entre ellas porque se dio cuenta de que del artículo se podía vivir en España, pero que de otros muchos géneros no.

Nuestro autor alimenta sus columnas de literatura, de política y de vida, en el sentido más amplio, su vida personal y la actualidad, los personajes de la actualidad. Su entendimiento del género es muy práctico; lo entiende como un trabajo, una profesión, un oficio que le permite vivir, pero al mismo tiempo su gran preparación de lector y de escritor, así como su dedicación diaria, le convierten en un gran maestro del artículo, o de la columna, que es como llamamos hoy en día a ese género tan personal entre la literatura y el periodismo, muy enfocado en la actualidad, política, pero no sólo política, un género que depende mucho de la pericia literaria de quien lo cultiva.

La poesía es clave en esa pericia para Francisco Umbral, según declaró muchas veces y según se percibe en sus propios artículos. Umbral al principio quiso ser poeta, pero las razones prácticas de nuevo —la prosa se cobra, pero la poesía no—, así como el verse más cómodo en la prosa, le llevaron a dejar la poesía en un segundo plano. Escribió mucha prosa y alguna poesía, cuando se enamoraba, según decía, pero la poesía alimenta, repercute en su prosa, le da los recursos para que logre esos grados de sutileza, calidad y lirismo que alcanzó.

Muchos poetas fueron, o son, grandes articulistas, como salen a relucir en el artículo: González-Ruano, Manuel Alcántara, Luis Alberto de Cuenca, Antonio Lucas. Tal vez el artículo, como género breve, que requiere síntesis y concentración, se aproxime a la poesía mucho más de lo que pudiera parecer. Umbral decía que, gracias a los recursos poéticos, como la metáfora, por ejemplo, él podía decir de ciertos personajes lo que en un lenguaje llano o plano no podría decir. Los recursos poéticos le permitían ir más lejos, ser más sutil y, también, seducir al lector para que le leyera, para que no dejara de leerle. La forma en este caso se alía con el fondo para potenciarlo, convirtiéndose, qué duda cabe, en parte de ese fondo.

El artículo constituye un género literario, y precisamente son autores como Francisco Umbral, muy destacadamente, pero también otros contemporáneos como Manuel Vicent o Raúl del Pozo, los que nos demuestran que lo es. Un género muy periodístico por aparecer en el periódico o la revista, pero también por sus temas y por su propia naturaleza. Un género tal vez más práctico que otros, que es lo que buscaba Umbral en sus orígenes de escritor y periodista para ganarse la vida. Umbral al final pudo escribir miles de artículos y hacer también una sólida obra en libro con más de cien volúmenes publicados, pero es cierto que de lo que vivió mayoritariamente, y con holgura, fue del artículo, de su columna, sobre todo en *El País* y en *El Mundo*.

Obras citadas

Amilibia, Jesús María, *Atados a la columna*, Barcelona, Belacqua, 2005.

Caballero Bonald, José Manuel, “Prólogo”, en Francisco Umbral, *Mortal y rosa*, en Biblioteca Francisco Umbral, Barcelona, Planeta, 1998, pp. 11- 12.

Cantavella, Juan, “Columnas para sostener el mundo”, en Carlos X. Ardavín (ed.), *Valoración de Francisco Umbral*, Gijón, Llibros del Peixe, 2003, p. 206.

Del Pozo, Raúl, “WWW”, *El Mundo*, 2 de mayo de 2008, p. 56 y última.

Gracia Armendáriz, Juan, “Orígenes del artículo diario de Francisco Umbral. Los años de formación, 1957-1969”, en Ardavín, Carlos X (ed.), *Valoración de Francisco Umbral. Ensayos críticos en torno a su obra*, Gijón, Llibros del Peixe, 2003, pp. 187-205.

Gutiérrez Carbajo, Francisco y Martín Nogales, José Luis (eds.), *Artículos literarios en la prensa (1975-2005)*, Madrid, Cátedra, 2007.

Martín Nogales, José Luis, “Prólogo” a Arturo Pérez-Reverte, *Patente de corso (Artículos 1993-1998)*, Madrid, Punto de Lectura, 2004, p. 18.

Lucas, Antonio, “Infancia”, *El Mundo*, martes 19 de marzo de 2013, p. 20.

Martínez Rico, Eduardo, *Umbral: vida, obra y pecados*, Madrid, Foca, 2001.

- , *Las verdades de un mentiroso ilustre*, Gijón, Llibros del Pexe, 2003.
- , “Cuando el escritor toca el lector”, *Expansión*, 6 de mayo de 2006, p. 14.
- , “Vivir en literatura”, en Díez, José Ignacio (ed.), *Los placeres literarios. Francisco Umbral como lector*, Majadahonda, Fundación Umbral, 2012, pp. 341-350.
- Umbral, Francisco, *La noche que llegué al Café Gijón*, Barcelona, Destino, 1977.
- , *Retrato de un joven malvado*, Barcelona: Destino, 1986 (primera edición, 1973).
- , *Los placeres y los días*, Madrid, Ediciones de la Universidad – Fondo de Cultura Económica, 2001.
- , *Obra poética (1981-2001)*, edición de Miguel García-Posada, Barcelona, Seix Barral, 2009.